

Angel Rama y la transculturación narrativa en América Latina

JEAN FRANCO

Poco antes de morir, Angel Rama me comentó en una carta que se sentía decepcionado por el poco interés con que fue recibido su libro *La transculturación narrativa en América Latina*. Un nuevo libro escrito por un importante crítico de la cultura norteamericana o europea, habría recibido inmediatamente la atención merecida; mientras que éste, escrito por el crítico de la cultura más importante de América Latina, no provocó discusión, diálogo o comentario alguno. Este silencio sólo puede explicarse a la luz de la desconcertante problemática que aborda el libro. Concebido en un principio como un estudio de *Los ríos profundos* de José María Arguedas, se transformó luego en un estudio sobre la lucha de los escritores latinoamericanos por su originalidad e independencia en el contexto de un desarrollo desigual y dependiente. Angel no sólo prologó este análisis de *Los ríos profundos* con un amplio estudio panorámico de la narrativa, sino que con ello también se integró y ubicó en la lucha ideológica que desgarró nuestro campo intelectual. Su posición en esta lucha cultural era paralela a su orientación social democrática; no aceptaba ni el determinismo ni el voluntarismo individualista. Rechazó la insistencia fetichista de la autonomía del texto, pero empleaba términos de poética para mostrar cómo éstos estaban estratégicamente organizados en torno a problemas que eran, a su vez, los de la sociedad en general. Así como Angel, con ferviente convicción, basaba sus ideas políticas en el derecho de las naciones latinoamericanas de forjar sus propios destinos, así también su crítica literaria se basaba en una concepción de la literatura como modelo utópico de liberación nacional. Esta posición ya podía apreciarse en los artículos que escribió durante los sesenta, cuando era el director literario de *Marcha*, entonces el principal órgano de discusión cultural y política en América Latina. Artículos como "El necesario diálogo intelectual", (*Marcha*, año XXVI, 31 dic., 1964), "La fachada cultural", (*Marcha*, año XXVIII, 3 de junio,

1966), en los que rastreaba la lamentable influencia que tuvo el Congreso para la Libertad de la Cultura en América Latina, se revelaba que la hegemonía norteamericana en esta región, ejercida a través de la manipulación política, también tenía su contraparte en el campo de la cultura, la cual distaba mucho de ser autónoma. En un artículo fechado el 31 de diciembre de 1965, "Por una cultura militante", denunció el hecho de que la embajada norteamericana subsidiaria la publicación masiva de libros en Uruguay y que intentara apoderarse de la hegemonía cultural por medios ilícitos. Este tipo de denuncia contribuyó a que el gobierno norteamericano mostrara hostilidad hacia Angel, y a que le negara más tarde una visa de residente. Sin embargo, cuando el servicio de inmigración de los Estados Unidos le pidió que asistiera a las audiencias de deportación en 1982, la acción no podía ser menos que irónica. Que un estudioso con enorme talento en el salón de clases, que un hombre que políticamente siempre había trabajado por la democracia, fuera señalado como indeseable político era en verdad un golpe bajo, aunque sintomático de la paranoia del régimen de Reagan. Exilado una vez más, esta vez a París, y con todo el tiempo del mundo para escribir, Rama extrañaba a los estudiantes que había dejado en Estados Unidos. Necesitaba el salón de clases, y en un mundo de profesionalismo cada vez más estrecho, se siente la ausencia de su aliento y su generosidad.

El hecho de que denunciara la interferencia de los Estados Unidos no significó que apoyara a la Revolución Cubana sin reparos críticos. Esta revolución, que él correctamente consideraba el evento crucial de los sesenta (política y culturalmente), no le impidió criticar en algunas ocasiones la política cultural cubana; aunque es de señalar que la posición de Angel no debe ser vista como una posición intermedia entre dos extremos sino, más positivamente, como una tercera posición. Angel era también un raro ejemplo de crítico cultural que, como los miembros de la escuela de Frankfort, estaba profundamente influenciado por la visión weberiana del desarrollo capitalista. Veía el capitalismo como una fuerza homogeneizante, que destruía culturas anómalas (no capitalistas). Adoptó el término "transculturación" de Fernando Ortiz, para poder argumentar que lo que ocurre en América Latina no es simplemente la substitución de una cultura por otra, sino más bien una liberación de energía y creatividad, una transculturación que ha salvado y transformado la cultura, el lenguaje y las creencias populares. De ahí que sus escritos estén exentos del pesimismo que frecuentemente caracteriza los trabajos de Adorno y Horkheimer, pues la transculturación (definida como una forma particular de intertextualidad en culturas transmitidas oralmente) nos ha dado las grandes novelas de Guimarães Rosa, Juan Rulfo y José María Arguedas.

Angel tampoco consideraba el capitalismo (modernización, como él prefería llamarlo) como una fuerza negativa simplemente, ya que, como escri-

bió en *Marcha* en 1967, “la nacionalidad radica en la modernización, no refleja, sino auténtica, en la creación de los instrumentos propios de desarrollo, en el inmenso esfuerzo para edificar una sociedad dinámica que dé uso de las potencialidades evidentes y hasta probadas de los hombres del país, y tenga clara vocación del futuro, sentido de la responsabilidad y del sacrificio que sólo se obtiene cuando el cuerpo social les dé una fuerza coherente con altas ambiciones”. Este ensayo resume varias de las ideas medulares de su obra —la insistencia en la autenticidad, la inclinación por la coherencia y la exigencia de autonomía cultural y política. Para Rama “cultura auténtica” y nacionalidad independiente siempre van unidas, y su idea de nación se puede extender hasta incluir el continente entero.

El nacionalismo de Rama no era como el decimonónico, cuando los intelectuales hablaban en nombre de las masas; tampoco era como el americanismo de Rodó. Rama reconocía que el desarrollo desigual de América Latina en relación con las naciones industrializadas y el capital cultural desigual de las diferentes clases y fracciones de clase habían creado factores que no prevalecieron en esas otras naciones. En América Latina el capital cultural ha sido acumulado y luego monopolizado por la “ciudad literaria” una institución informal que extendió y consolidó el canon literario, que controlaba las reglas de discriminación y gustos y que funcionaba como el campo de entrenamiento para los nuevos miembros de la élite cultural. Esta institución estaba localizada en la ciudad. En el momento de su muerte, Rama estaba trabajando en un gran proyecto sobre “la ciudad literaria”. Era el fruto de meses de estudio en la Biblioteca del Congreso y nos hubiera dado, por primera vez, la densidad de especificación y la comprensión de todo un campo intelectual (para usar el término de Pierre Bourdieu) que normalmente no están presentes en la crítica literaria. Tenemos que conformarnos con los argumentos preliminares que esbozó en algunos artículos y en su estudio de Arguedas en *La transculturación narrativa*.

¿Por qué Arguedas? Para comprender esta elección, tenemos que recordar que Arguedas (a diferencia de “el cholo Vallejo”) había sido considerado literariamente *naive*, indigenista y provinciano por varios críticos y algunos escritores (notablemente Julio Cortázar). La tarea de Angel en *La transculturación narrativa* es, por tanto, una de reivindicación. Pero también se sentía atraído por el Arguedas etnólogo y folklorista. Fue precisamente el trabajo de Arguedas sobre la sobrevivencia de la leyenda, sobre la modernización andina lo que le dio a sus novelas su especial autoridad, pues demostraban que “los productos resultantes del contacto cultural, de la modernización no pueden asimilarse como las creaciones urbanas del área cosmopolita pero tampoco al regionalismo anterior”. Sus novelas ejemplifican la tarea más alta del escritor americano, “una búsqueda

da de valores resistentes, capaces de enfrentar el deterioro de la transculturación, por lo cual se puede ver también como una tarea inventiva, como una parte de la neoculturación trabajando simultáneamente con las dos fuentes culturales puestas en contacto”.

La literatura, de acuerdo a este punto de vista, se convierte en un modelo privilegiado de neoculturación, ya que lejos de ser una mera transcripción del habla arcaica, o una mera apropiación del folklore, trabaja sobre estos elementos para inventar nuevas estructuras del lenguaje y una nueva cosmovisión. Es importante señalar el hecho que privilegie la literatura, pues esto hizo que se olvidara de la cultura contemporánea de masas y que intentara separar la modernización, que él veía como deseable, del capitalismo. Cuando la modernización, traspuesta a la literatura, es convenientemente ajustada al americanismo, puede convertirse en una forma de salvar lo que de otra manera sería destruido. Por eso escribió que “si el principio de unificación textual y de construcción de una lengua literaria privativa de la invención estética, puede responder al espíritu racionalizador de la modernidad, compensatoriamente la perspectiva lingüística desde la cual se lo asume restaura la visión regional del mundo, prolonga su vigencia en una forma más rica e interior que antes y así expande la cosmovisión originaria en un modo mejor ajustado, auténtico, artísticamente solvente, de hecho modernizado, pero sin destrucción de identidad”.

Su lucidez como crítico —sin embargo, apunta en otra dirección— en su habilidad de ubicar a Arguedas y a otros escritores de los sesenta dentro de un campo intelectual y literario que abarca, de un lado, la transcripción de leyendas de tribus primitivas del Amazonas y del otro, el sofisticado cosmopolitanismo de Juan José Arreola. Aunque nunca menciona a Pierre Bourdieu en sus artículos críticos, su exposición de estrategias literarias divergentes (Rulfo y Arreola) dentro de un solo campo intelectual, su reconocimiento de la distribución desigual del capital cultural como factor en la producción literaria, y su insistencia en ver la literatura como producción y práctica, recuerdan con frecuencia al sociólogo francés. Al mismo tiempo (y a diferencia de Bourdieu) mantiene que la posición del escritor en el campo intelectual puede ser mejor entendida a través de la ideología de la forma (la figuración del narrador y los personajes, la mezcla de discursos). Un grupo de escritores que él valoriza de manera particular (Guimarães Rosa, Rulfo, García Márquez) recurren a un repertorio “americano” imaginario (lo cual no quiere decir que no reciban la influencia de escritores norteamericanos o europeos). También reconoce que el repertorio “americano” de este grupo de escritores emerge de una visión esencialmente patricia y de su defensa, por tanto, de “una tradición local, un sistema de valores austeros, un pasado que ha conformado a los hombres de la región, lo que queda subrayado por la ruina económica en

que se encuentran y por los lazos estrechos que son capaces de desarrollar con el pueblo bajo que participa de la misma cultura”.

En tales novelas, las realidades heterogéneas son reunidas y adquieren coherencia por vía del narrador y a través de la invención de un lenguaje que es a la vez capaz de sugerir lo regional y de emplear la imagen de vanguardia. En este grupo de novelas “lo que se indaga... es una suerte de fidelidad al espíritu que se alcanza mediante la recuperación de las estructuras peculiares de lo imaginario latinoamericano, revitalizándolas en nuevas circunstancias históricas y no abandonándolas. Porque ellas son el más alto esfuerzo inventivo de los pueblos latinoamericanos, el sistema simbólico en el cual se expresa y se reconocen como miembros de una comunidad, de hecho la más alta construcción intelectual y artística de que son capaces los hombres”.

El acierto de Arguedas es especialmente significativo gracias, en parte, a que entrecruzó dos elementos dispares, la novela burguesa con la “pensée sauvage”, y lo hispánico con la cultura quechua. Su obra es central al argumento de Angel porque el escritor peruano vivió el proceso de transculturación en su propia persona. Heredero del indigenismo de los veinte, que en realidad disfrazaba las aspiraciones de la clase mestiza, Arguedas gradualmente llegó a considerar al mestizo como el eje de la cultura nacional de su país. Veía al mestizo, no obstante, sin prejuicios. “Lo vió en dependencia estrecha con los señores, cumpliendo las faenas más indignas, vió también la velocidad con que podía trasladarse de uno a otro bando sin comprometerse claramente con ninguno, pero sobre todo resintió en él su falta de moral”. En sus escritos, sin embargo, esta fusión de culturas se convirtió en una posibilidad utópica de redención social.

Los ríos profundos es la obra que para Angel mejor ilustraba la ingeniosa solución de Arguedas al problema literario. La tarea que se impuso era la de evocar las aldeas de su niñez, “descubrir la vida de aquella aldea, describirla de tal modo que su palpitación no fuera olvidada jamás, que golpeará como un río en la conciencia del lector. Ese fue el ideal que guió todos mis trabajos, desde la adolescencia”. Alcanzaría esta meta no a través de la complejidad de la estructura novelística, sino ideando una forma que Angel describió como “operación”, pues alterna “arias”, “recitaciones” y elementos corales con momentos de intensa iluminación. Esta estructura musical está apuntalada por una gama de referencias a la música: la música de los pájaros, el rumor de los ríos, la música del harahuis de los huaynos usados en los momentos de gran emoción. Es claro que Arguedas considera esta música, en especial la de la mujer cantando el harahuis, como la forma más elevada del arte.

La voz de las mujeres alcanza notas agudas, imposibles para la masculina. La vibración de la nota final taladra el corazón y transmite la

evidencia de que ningún elemento del mundo celeste o terreno ha dejado de ser alcanzado, comprometido por este grito final.

Lo significativo de estas múltiples alusiones a la música es que ésta se convierte en el agente mediador privilegiado entre la comunidad humana y el reino natural, entre la conciencia subjetiva y el universo objetivo, puesto que ambas cantan siempre y pueden cantar al unísono”.

La novela de Arguedas difiere, así, profundamente de la novela burguesa, a pesar de las raíces en la tradición del realismo socialista del autor. Todos esos elementos que la novela burguesa destruía —lo poético, lo mágico, lo religioso, lo oral— son restituidos en Arguedas al centro mismo de su proyecto literario.

No es mi intención aquí repasar todas las observaciones que Rama hizo sobre la novela de Arguedas, sino más bien explicar por qué lo incorpora al *mainstream* de la escritura latinoamericana cuando otros críticos lo consideran un escritor marginal o regional. Es importante subrayar la preocupación de Angel, en los últimos años, por escritores como Martí, Arguedas y Roa Bastos. A diferencia de esos escritores que reconciliaron la cultura popular a través de una visión patricia, Martí, Arguedas y Roa Bastos encarnan en sus novelas el mito utópico de redención de los pobres. Su adhesión a una “nuestra América” profundamente democrática, es decir, a una democracia que incluye justicia social y que no está basada en una monótona reiteración de privilegios de clase. Para cada uno de estos autores, la literatura era a la vez algo esencial y problemático, esencial porque había que preservar (si bien en un registro diferente) el repertorio imaginario, extraído de fuentes populares, que rápidamente se estaban perdiendo, ambiguo por la necesidad de recuperar sus obras combatiendo la visión *naïve* o pintoresca que de ellas se tenía. La elección de estos autores por parte de Angel (y sus estudios sobre García Márquez, Rulfo y Guimarães Rosa) lo ponía francamente en el campo de aquéllos que luchaban por la independencia cultural de “nuestra América” —una independencia cultural que no implicaba un rechazo de los logros de otras culturas.

La labor de Angel como crítico y maestro fue, por tanto, tendenciosa en el mejor sentido de la palabra. Su objetivo era despertar las facultades críticas sin sacrificar el sentido profundamente ético que había heredado de los críticos (como Pedro Henríquez Ureña) que más admiraba. Fue éste el espíritu que él, en su momento, trató de inculcar a sus estudiantes, aún durante los días sombríos cuando estaba bajo la amenaza de deportación. Sólo podemos esperar que los estudiantes a los que enseñó en Uruguay, Venezuela, Puerto Rico y los Estados Unidos, honrarán su memoria completando su labor y continuándola.